

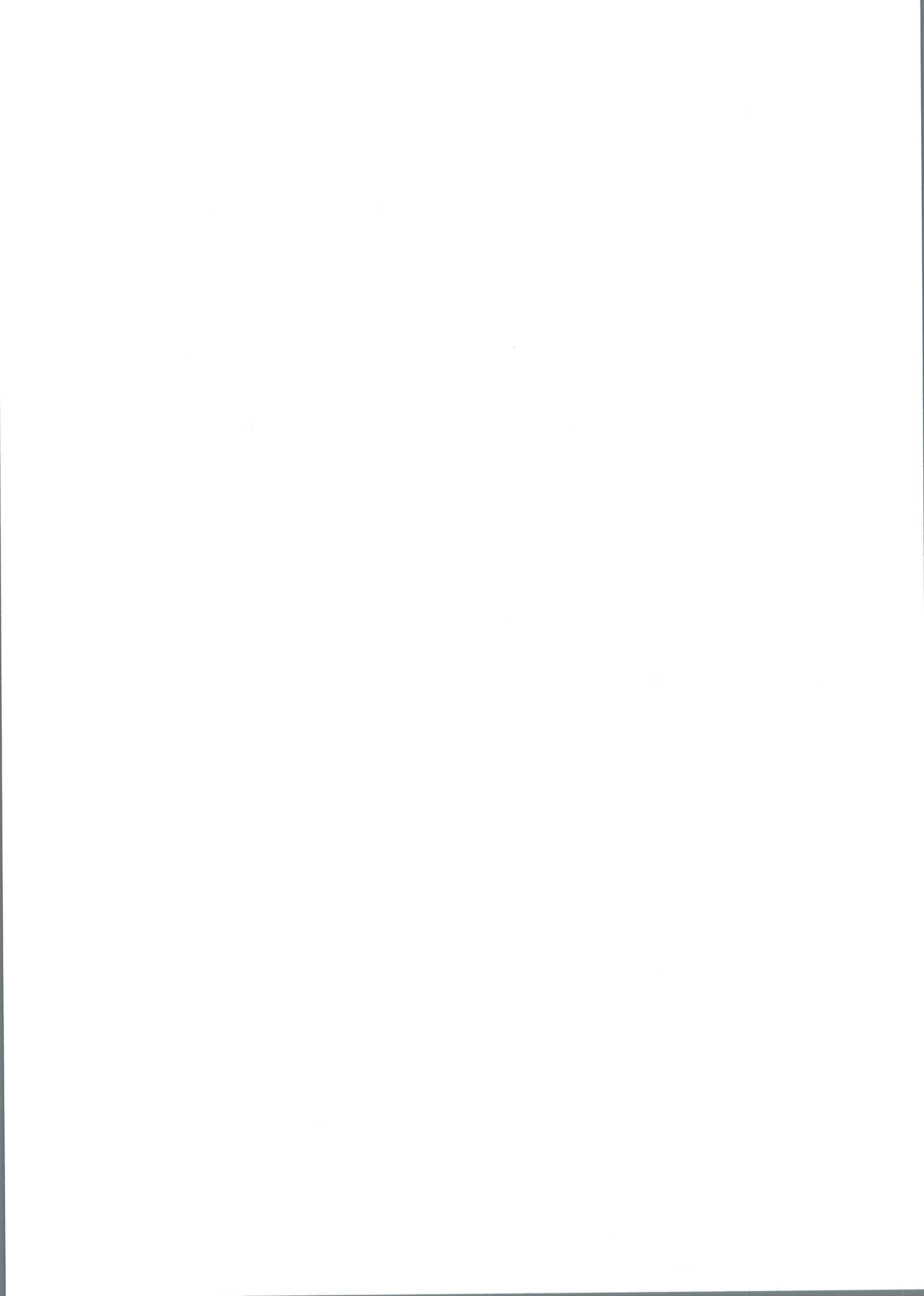
D I C I E M B R E 2 0 0 6

N Ú M E R O 1 0

ESTUDIOS BEJARANOS



CENTRO DE ESTUDIOS BEJARANOS



EL ORIGEN DE LA CIUDAD DE BÉJAR. HIPÓTESIS, DUDAS Y CERTEZAS.

JOSÉ FRANCISCO FABIÁN GARCÍA
Centro de Estudios Bejaranos

El origen de la ciudad de Béjar, como el de tantos otros sitios, ha sido durante mucho tiempo objeto de teorías más o menos científicas y de algunas elucubraciones. Hace tiempo algunos autores mencionaron incluso nombres posibles para personalizar el pasado vettón de la ciudad, tales como *Mirobriga Vettonum* o *Veccor*. Lo cierto es que siendo rigurosos no solamente no constan tales nombres en nada relacionado con Béjar, sino que además en Béjar tampoco hay constancia de ningún hallazgo claro que la relacione con un antiguo asentamiento del final de la Edad del Hierro, es decir con un poblado vettón, puesto que estamos dentro de la Vettonia prerromana, a la que hubiera tenido que pertenecer o perteneció. Más que otra cosa, existe hoy la sola suposición de que Béjar, por su emplazamiento, características orográficas y por algunas connotaciones de su historia posterior, tuviera su origen en la época prerromana, prolongándose a partir de entonces la habitación en el mismo emplazamiento durante la época romana y desde ahí hasta hoy ininterrumpidamente. A día de hoy la realidad es que existen pruebas, aunque sean escuetas, de un establecimiento romano, pero del momento anterior no se conocen o al menos no se han hecho nunca públicas. Este trabajo busca indagar en este aspecto de la historia

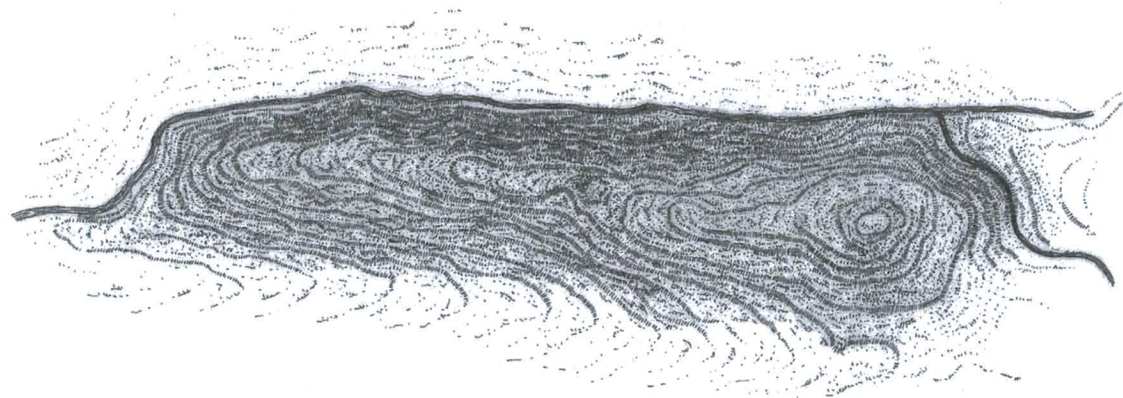
de la ciudad valorando las posibilidades a favor y en contra.

1.- EL FACTOR OROGRÁFICO

Favorable a la posibilidad de un castro vettón es la ubicación de la ciudad antigua. Toda la villa medieval tuvo su asiento sobre el cerro granítico escarpado que se yergue, por el Norte, entre el cauce encajado del río Cuerpo de Hombre y, por el Sur, por la vaguada que nace en La Corredera, discurriendo, después, entre las Olivillas y el inicio de la ladera del Castañar/ La Centena. Aunque algunas villas medievales se instalaron sin antecedentes históricos previos sobre lugares altos fácilmente defendibles, son muchos más los casos en los que la villa medieval es la continuidad de un poblamiento que nace en el final de la Edad del Hierro, continúa en la época romana y, tras la visigoda, alcanza la época medieval, continuando desde ahí hasta el presente. Intuitivamente, cualquiera que observe el emplazamiento del Béjar antiguo y observe las condiciones del cerro, apostaría con pocas dudas por un origen en la Edad del Hierro. Son numerosísimos los poblados de esa época construidos aprovechando la horquilla que se forma entre la confluencia de dos cursos de agua que han excavado sus cauces con profun-

dididad. Si esa horquilla era escarpada y presentaba condiciones de inexpugnabilidad, más apropiado era el sitio para ser ocupado en el final de la Edad del Hierro. Los ejemplos en territorio vettón son muy numerosos tanto en la zona salmantina como en la abulense. A estos lugares, obsesionados siempre por la defensa, como no podía ser de otro modo dado los tiempos y algunos de los peligros que podían amenazarles, se les denomina comúnmente *castros*. Muchos de estos no continuaron habitados en la época plenamente romana. Son frecuentes los casos en los que la población autóctona, forzada por determinados acontecimientos de la conquista, fue obligada a dejar lugares que siempre era costoso reducir si se producían rebeliones. En otros casos el abandono era voluntario, decidido por la población, que, superadas las condiciones que habían obligado a la elección de tales emplazamientos, prefería sitios más llanos, mejor comunicados, donde era posible el desarrollo de las actividades económicas sin límite de espacio y sin la imposición forzada que imponía la elección de un estereotipo adaptable a las exigencias de la defensa.

Si Béjar fue uno de esos castros, lo fue en las zonas altas del cerro que ocupa la ciudad antigua y, por lo menos, en sus laderas más elevadas. Este cerro, con forma extraordinariamente alargada y estrecha, se extiende a través de una longitud de 1.550 m. de Este a Oeste, desde el borde del escarpe de *Las Cuestas de los Perros* hasta la *Puerta del Pico*. Las condiciones generales son inmejorables: el río Cuerpo de Hombre excava una profunda fosa con una diferencia de altura entre el lecho del río y la zona más alta del cerro en el extremo Este de 120-130 m. y con una pendiente del 60%. Si a esto se une la presencia del cauce de agua, nada fácil de salvar y, además, el hecho de que las laderas de la pendiente son granitos desnudos, muy resbaladizos en invierno, tendremos que la posibilidad de acceso por ese lado es francamente dificultosa. Esas mismas condiciones o muy parecidas las presenta el lado Este. La pendiente actual de la calle de la Libertad, es la subida al cerro desde el río en la zona del Puente Viejo. Lo costoso de esta subida, mitigada en la actualidad por su condición de calle, puede dar idea de las dificultades de acceso, parecida a la de la cara Norte. Por el Oeste, la pen-



diente, sin dejar de ser abrupta, es más suave que por el Norte y similar a la de la calle de la Libertad. El mejor acceso es el Sur y aún así no es cómodo, ya que el valle o vaguada descendente de las Olivillas excava una fosa de unos 40 m. de desnivel que va creciendo de Este a Oeste. Esta circunstancia se advierte comprobando la pendiente que existe entre la zona de La Solana y la de la iglesia de San Juan. Sin duda el punto más accesible, si es que no ha sufrido transformación desde aquel tiempo, sería el ángulo Sur-Este desde la zona de La Corredera, justo antes de que se inicie la vaguada descendente de Las Olivillas. Desde ese punto, la ascensión vertical hasta lo más alto del cerro de Béjar, tiene un desnivel de unos 20 m. sin necesidad de atravesar ningún obstáculo fluvial que lo hiciera más difícil.

2.- LAS ZONAS MÁS HABITABLES

Valorando estas circunstancias naturales, el cerro en el que se encuentra Béjar tendría unas condiciones favorables para su elección como emplazamiento prerromano. Podría decirse que coincide plenamente con los estereotipos de hábitats para ese momento. Sin embargo hay alguna otra circunstancia que no sería en principio tan favorable, como la capacidad del cerro en la zona en teoría más habitable, si pensamos que la ocupación tuvo que darse en la meseta culminante. En este sentido hay que decir que el cerro es extraordinariamente estrecho en buena parte de él. En teoría hay dos zonas posibles para un asentamiento: la más elevada, que es la de San Juan y sus inmediaciones y por otro lado la meseta que existe entre la plaza Mayor y la iglesia de Santa María. La zona en torno a San Juan puede considerarse una meseta que iría entre el punto culminante del cerro, a 963 m. de altitud,

situado en torno a la plazuela del Solano, hasta las inmediaciones de la torre de San Gil, descendiendo bruscamente hacia la Plaza Mayor, en el último tramo de la calle Mayor de Pardiñas. En la zona de la Plaza Mayor y en su continuación hacia Santa María, se inicia la otra meseta que podría ser susceptible para organizar un asentamiento allí. La meseta en torno a la Iglesia de San Juan, es decir entre la calle 28 de Septiembre y la zona de San Gil tiene una superficie aproximada de unas 8-9 Ha., superficie que pudo dar para un núcleo de población pequeño. A ella habría que añadir la alta ladera que mira hacia el Sur, especialmente habitable por su protección ambiental, donde también hubiera sido posible construir cabañas realizando abanalamientos.

La zona posible entre la Plaza Mayor y la Iglesia de Santa María, que puede prolongarse hasta la iglesia de Santiago si se quiere, tiene una superficie aproximada de 9 Ha. A lo que hay que añadir el inicio de la ladera Sur, como en la zona de San Juan, muy favorable igualmente por su carácter de solana. En la citada zona entre la Plaza Mayor y Santa María hay una parte más elevada, dominante con autoridad sobre el entorno, que es la del actual asiento del Palacio Ducal, cuya posición de preeminencia, como es lógico, es propicia para la edificación de determinados edificios destinados a lo religioso o a la élite. No en vano allí se situó el Palacio Ducal y, antes, la legendaria alcazaba árabe. La superficie del conjunto de esta parte no es muy grande en comparación con la que suele ser habitual en los castros prerromanos abulenses y salmantinos, pero podría resultar suficiente para albergar un poblado de este momento. Las dos zonas señaladas tienen, pues, posibilidades orográficas *a priori* para haber sido un castro prerromano y las tienen juntas o por separado.

Un argumento parece de gran importancia para clarificar más este tema: la villa medieval parece concederle mayor importancia a la parte más occidental del cerro. Los edificios aún en pie de época medieval así lo evidencian y también algunos de los inmediatos sucesores de estos, como el Palacio Ducal, ubicado en el punto más alto de esa zona, un lugar codiciado. La iglesia de Santiago, la más antigua en pie de Béjar, está también en esa zona. La iglesia de San Juan, también medieval, debió estar en una zona con vida en los siglos XIII y XIV, pero al parecer menos intensa que la de la zona occidental del cerro. Parece más probable que si hubo un poblamiento anterior a lo medieval éste estuviera en la zona donde floreció más intensamente la villa medieval.

Desgraciadamente no se ha investigado a fondo para esclarecer estas cuestiones que son de gran importancia para la historia de Béjar, investigaciones que necesariamente tendrían que basarse en lo arqueológico. Pero es cierto que no es fácil llevar a cabo investigaciones en Béjar, porque no debe haber muchos estratos bajo el suelo actual en los que investigar. Lo hemos comprobado observando el subsuelo de algunos edificios sustituidos en el casco antiguo o durante la remoción de los pavimentos en alguna calle principal, como la calle Mayor de Pardiñas. La roca está al nivel de los pavimentos actuales, ni siquiera se ven estratos correspondientes a la época medieval, de la que no hay duda para Béjar. Las excavaciones de M. Jiménez en el 2003 en la zona del Palacio Ducal no han dado con ningún elemento que hable de algo más atrás que no sea la Edad Media. Como esperanzas posibles quedan el subsuelo de las iglesias medievales y algunas huertas en la zona de La Antigua. La desaparición de estratos investigables encima de la roca madre debe obedecer al

hecho de la superficialidad de la roca de base que constituye el cerro y a la continuidad de las construcciones sobre el mismo sitio, que siempre han buscado un firme sólido apoyando en la roca, por saberse ésta a muy poca profundidad. Por ello, de buscarse indicios en alguna zona deberá ser en laderas o en zonas donde se hayan registrado acumulaciones.

3.- ¿EL PASADO ROMANO EVIDENTE COMO ANTECESOR DE UN PASADO PRERROMANO?

Particularmente me inclino, aunque con menos argumentos que intuiciones, por considerar que el origen de Béjar es prerromano, si es que no es algo más antiguo. La falta de indicios arqueológicos que lo avalen puede ser sólo una cuestión de falta de investigaciones en lugares puntuales y de la desaparición de restos producto de la intensa vida de construcciones y destrucciones con la roca madre tan cercana a la superficie. Pero cualquier intuición en el sentido de lo dicho como posible hasta aquí, cobra visos de fiabilidad cuando hay un testimonio firme y claro de época romana que atestigua la existencia de una ocupación en época imperial. El testimonio es tan escueto y tan único que si no existiera, si antaño nadie se hubiera dado cuenta de recoger esa simple piedra con una inscripción, ahora estaríamos planteándonos, igualmente, la posibilidad o imposibilidad de un asentamiento romano, como hacemos con el prerromano, sin pruebas para ello. Lo cierto es que en Béjar tuvo que existir un asentamiento romano. Evidentemente esa estela funeraria no puede ser otra cosa que un testimonio de la vida y la muerte en época romana en alguna parte del cerro. Y siendo así, no puede ser única, debe haber más con otras inscripciones, como es lógico. Pero a pesar de

esta prueba inequívoca no se conocen los habituales restos de cerámicas y otros utensilios de ese tiempo que acompañan a la ocupación de un lugar. Sin duda en alguna parte deben quedar más testimonios.

No parece muy probable en principio que se tratara de un asentamiento romano de nuevo cuño en un lugar tan escarpado y tan escondido, entre otras razones porque las nuevas fundaciones de época romana, tenían lugar en sitios menos complicados. La lógica, basada en gran cantidad de casos similares, indica que a un poblado prerromano le sucedía su romanización *in situ* o por el contrario, era definitivamente abandonado por causas intrínsecas a la propia conquista romana o por razones de operatividad. Esta lógica, bien constatada a través de la arqueología en numerosos casos, tendría en Béjar su aval testimonial en la estela romana, hoy expuesta en el convento de San Francisco, hallada entre los muros de la desaparecida iglesia de Santa María de las Huertas, en la zona Sur de la ciudad. Aunque esta lápida se encontró fuera de su ubicación original, formando parte al parecer de los muros de la iglesia, no pudo haber llegado desde muy lejos. Sin duda su ubicación primera fue cercana, siendo incorporada como un elemento constructivo cualquiera a la iglesia medieval, ya que en el momento de su construcción ni se entendía por ese tiempo lo que significaba su texto, ni merecía consideración especial alguna. Es más que probable que existiera un cementerio de época romana por esa zona, fuera del lugar de habitación pero inmediato, como sucede en otros casos, en las proximidades de alguno de los accesos al núcleo urbano, que por esa zona sería perfectamente posible.



Un lejano fundamento más para apoyar el pasado prerromano de Béjar podría ser la legendaria existencia de un toro o verraco de piedra que se ha dicho existió en las inmediaciones de Palomares de Béjar, aunque nadie sepa desde hace mucho qué fue de él, ni siquiera si el dato es real o no. El padre Morán recoge esta noticia en su reseña histórica y arqueológica de la provincia de Salamanca¹, pero desconfía de su veracidad. Sin embargo sería raro que fuera una invención popular sin más, sobre todo porque la descripción coincide

con las de toros o verracos tan propios de la cultura vettona que continúan tallándose durante una parte de la época romana. La situación en un lugar como el término de Palomares no sería en absoluto sorprendente ya que este tipo de esculturas, entre los sitios en los que aparecen, están los caminos antiguos y en lugares ricos en pastos. No sería extraño considerar que lo que fue la carretera N-320 en el tramo entre Vallejera y Béjar y luego entre Béjar y Puerto de Béjar, fuera un antiguo camino. Parece el acceso más fácil a Béjar desde el oriente, de la zona de Piedrahita, es decir desde el Valle del Corneja y por tanto desde el también abulense Valle Amblés. Si esto fue así la existencia de un toro o verraco en ese camino podría haber tenido el mismo sentido que otros hallados en similares circunstancias e interpretados como protectores de caminos. No se descartaría tampoco, como sucede en las inmediaciones de la ciudad de Ávila, que en la red de caminos que llegaban a la ciudad, ya en sus proximidades, hubiera monumentos funerarios donde estas esculturas representando toros y cerdos tenían un protagonismo máximo.

En definitiva, resulta probable considerar que el origen de Béjar pueda remontarse, como mínimo, a algún momento a partir del siglo V a.C. Las investigaciones arqueológicas deberán corroborarlo a través de algún programa de investigación en aquellos puntos donde todavía sea posible obtener alguna estratigrafía intacta.

NOTAS

- 1 MORÁN BARDÓN, C. "Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca". Universidad de Salamanca. Filosofía y Letras Tomo II, nº 1. 1946